

## SOBRE EL BARRO CUARTEADO DE LAS MESETAS DE CASTILLA

*«Construyo a mi corazón una tumba para que pueda descansar en ella; me encierro en mí mismo como una larva, porque afuera sólo hay invierno; me protejo de la tormenta con los recuerdos más felices».*

F. Hölderlin-(Hiperion I, 2)

Si difícil y confusa resulta siempre la interpretación de la obra de un artista, compleja e indescifrable aparece la rivalidad directa del arte y de la muerte. La muerte del artista se nos presenta como la destrucción de una revelación, pérdida que nos obliga de manera precipitada a delimitar fronteras y a concluir en definitiva en taxonomías formales, ¿dónde poder incluir la obra construida? Pero para el hombre que configura su quehacer artístico como un hecho cotidiano pocos lugares tiene para el recuerdo; los ídolos, como los mitos, al menos disponen de pedestal donde poder entretenerse en descifrar los hitos de su biografía.

No son los tiempos que corremos muy aptos para el recuerdo, si éste no viene avalado por la ideología y si con ella no se puede ganar



la oportuna prebenda. José Luis Núñez Solé, fue en vida un artista de gesto humilde, paráfrasis rodeada de lugar común si se quiere, pero límite riguroso en el hombre que recordamos. Intentó esculpir su obra sobre el fondo de la nada; "sobre el fondo de la nada, como escribió Malraux, la más humilde creación es un milagro, más tímida, pero no menos insólita, no menos fascinante". Tímida fue su obra, insólita su actitud, fascinante su quehacer de hombre de bien.

La biografía de urgencia que lleva implícita toda ceremonia del recuerdo, lo sitúa como "artista adolescente" en un tiempo que adscribirse a la vanguardia era delito y el ser artista un desatino, época posterior a una guerra donde la muerte y la vida se entremezclaban en el mismo ámbito, y el arte seguía concibiéndose como una enajenación autosuficiente.

Su mundo de artesano pacífico, heredando el mejor saber de la escuela Castellana, hizo de Núñez Solé un escultor prematuramente consagrado, pese a las circunstancias de los tiempos. Conocedor a ultranza de las artes de la talla, contemplaba el arte griego no sólo como un modo de conocimiento, sino como la búsqueda en el dominio de la experiencia que el escultor griego poseía sobre la medida, el espacio y la materia. Para aquellos tiempos y sobre todo en aquellos lugares aparecía esta actitud como la alternativa más precisa.

Las primeras de sus obras se manifestaban en la ciudad, cuando la integración de las artes reclamaban con radicalismo dogmático a la arquitectura su presencia protectora hacia las marginadas artes liberales. Su obra quedó más que integrada, impuesta por una moda en la que nunca llegó a creer con demasiado entusiasmo. Revelar el alma de las cosas fue siempre oficio del artista y lo sigue siendo; aunque el artista, el alma y la manifestación de las cosas, pertenezcan a otros presupuestos del acontecer humano.

Núñez Solé regresaba a Salamanca desde un París entretenido en nuevas aventuras plásticas. Allí se dio cuenta que H. Taine había sido destronado del altar académico: Hegel, Marx, entre otros, lo habían desplazado. El arte se disponía a enunciar otros modos de conocimiento y a configurar otras formas de expresión; pero indudablemente los espacios de su ciudad castellana no eran los idóneos para transcribir las imágenes de la nueva estética. Su obra se orienta por las normas de un expresionismo realista, más próximas a los trabajos de un Bourdelle o Maillol, que a las nuevas resonancias de un H. Moore, más ligado a la temática emotiva de un Rodin que a la síntesis unitaria de un Brancusi.



Su estancia en París le había permitido comprobar que el arte seguía buscando una nueva definición. Para algunos, habría que buscarla en la realización de la obra como proyección expresiva. La naturaleza seguía sometida a la veneración vernácula que el artista siempre depositó en ella; otros, no obstante, habían aprendido la lección cubista: romper para analizar después y componer el cuadro. Ante una dualidad tan esquemática y al mismo tiempo tan sugerente, la obra de Núñez Solé, como la de muchos artistas de su tiempo, optan por seguir ligados a una ruptura más gradual y menos violenta que la planteada por el cubismo. La construcción de sus esculturas estarán vertidas hacia la naturaleza como un modelo a imitar, el cubismo aprendido lo reproducirían sus trabajos en un proceso de síntesis aleatorio, que iluminaba a sus torsos como imágenes serenas y limpias del pasado, completándolas en alegóricas composiciones de marcado equilibrio. La obra de Núñez Solé en escasas ocasiones llegó a describirnos el vacío; el vacío que Giacometti había llevado hasta el límite extremo, la frontera próxima al absurdo, "la desesperación".

La escultura de Núñez Solé no aparece nunca como expresión desesperada, las gentes y objetos que rodean su mundo plástico recobran el gesto de la esperanza, del equilibrio. La espontaneidad del inconsciente quizás estuviera revelando la necesidad esperanzada de una generación que había sufrido en sus visiones infantiles los traumas de una guerra. La realidad, por aquellos años, era azarosa, desprovista de las formas convencionales, amputada de las razones que con el tiempo se hacen costumbre, temible porque apenas se perfilaba su rostro.

Núñez Solé, adolescente aún, ha recorrido demasiado de prisa las experiencias de una generación de artistas que en París han vivido aislados, moviéndose dentro de los cánones de una tradición académica y que buscaban en la naturaleza una interpretación libre, y con este aprendizaje se instala en Salamanca. Un mundo de soledad le va a acompañar en sus primeros trabajos. Ensaya técnicas diversas en la realización de sus esculturas que alterna con trabajos ajenos a su mundo de artista, se preocupa y ocupa en gestiones más allá de los recuerdos que en realidad le hacen feliz.

De este período son muchos de sus grupos más logrados. La estilización decorativa no fue nunca una tentación fácil en el cincel de Núñez Solé, sus presupuestos escultóricos se acercaban más a un Malfray, en lo que este artista incide por buscar el movimiento y la monumentalidad o en los estudios de Gimond sobre el rostro humano; también para Núñez



Solé "un busto debía ser la concreción de un drama interior, como lo era para Gimond, un poema plástico que tenga como punto de partida un rostro cuya parte de infinito nos revele".

Gran dibujante, no abandonó el análisis del natural: los apuntes de la ciudad en cierto sentido manifestaban un intento por acercarse a la arquitectura más allá del tópico integracionista. Su ciudad no ofrecía muchas alternativas al trabajo de un escultor, los tiempos de los Egeas o Gil de Hontañón habían pasado y su escultura se incorporaba como una emblemática provinciana aceptada, con la buena voluntad que de ella requerían los espíritus más sensibles. Pese a ello, ni el espacio de la arquitectura, ni la expresión escultórica tenían mucho que hacer en la configuración física de la ciudad, su obra se inscribía en una realidad geocultural, indiferenciada en el espacio e hipertrofiada en el tiempo. Salamanca, como postulado cultural, ha sido un reducto lleno de vaguedades y tópicos reaccionarios, arbitrario y no pocas veces cruel para con la inteligencia y la sensibilidad del artista.

La obra de Núñez Solé quedó amputada en un lugar donde subsistir para un artista se presentaba como un acontecer heroico; sufrió de la soledad del medio, una de las enfermedades que reducen el espíritu del hombre; estuvo entretenido y esforzado a veces en ejercitar el bello arte de esculpir, guiado por sus dotes de ancestral artesano. Su trabajo queda, como muchas de sus obras, entre la generosidad de su hombría de bien y su tímida acción por no romper con los iconoclastas de su época.

Trabajó alejado del aura del artista, del snob oportunista, del creador enfático, obrero ilustrado, anticipó con largueza y sin reseña histórica, el trabajo del arte como compromiso, sin ningún énfasis, pues fue su vida y no sólo la imagen de su obra, la que construyó a diario el generoso entorno de su identidad personal, cabal y justa, pensamos hoy que herencia entrañable sobre el barro cuarteado de las mesetas de Castilla. Recuerdo a quien en vida se llamó José Luis Núñez Solé.

ANTONIO FERNANDEZ ALBA